

De la experiencia al suceso: travestismo en la prensa sensacionalista.

El caso de la revista *Vea* (1971- 1989)

Catherine Bermejo Camacho / Pontificia Universidad Javeriana

Ligera es la palabra que usa la antropóloga Zandra Pedraza, en su célebre *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad* (1999), para explicar el lugar de enunciación de la revista *Cromos* dentro de la prensa colombiana. En su estudio, Pedraza reconstruye genealógicamente cien años de modernidad en nuestro territorio, a partir de los discursos que capturaron semánticamente nuestras experiencias corporales. Así, concluye que aquella prensa “ligera” puso sobre la mesa asuntos sobre el cuerpo “que se descubren en las expresiones cultas y que por esta vía los discursos de la modernidad se popularizaron más pronto de lo que solemos admitir” (Pedraza 2016, 22).

Aquella prensa *light* —intrascendente, irreflexiva, incluso frívola— tiende a enfrentarse a esa “otra” prensa en la que corre, en forma de narración, la sangre que cubre la historia convulsa de Colombia. Una prensa que se pregunta por la profesionalización de la práctica, por el lugar de enunciación político de lo dicho, por la labor comprometida de las y los periodistas, por la denuncia y la construcción de un tejido social más justo. Sin embargo, esta última prensa adolece, también, de las tensiones propias de la infraestructura que la sostiene y que le da luz dentro de las más atroces arbitrariedades. El retrato doble de la información, de aquel *aparato ideológico de Estado* (Althusser 2005, 126) —como lo llamó Althusser—, se erige como un campo de batalla en el que la producción de contenidos independientes debe enfrentar la violenta marea de los medios masivo-burgueses.

La versión de la revista *Vea*, que circuló entre 1971 y 2001, estuvo entre esos dos universos¹. Por un lado, puso su mira en el contrapunteo político sin aportar mucha profundidad al análisis de dichas problemáticas; y por el otro, trató de vincular sus preocupaciones a la banalidad del espectáculo. Sin embargo, la adenda que traía consigo, y que le permitió brillar con más fuerza en la audiencia colombiana, tuvo que ver con su eminente carácter sensacionalista, entre la crónica roja y el amarillismo.

Tinta roja sobre un papel amarillo

Entre la sátira y la crítica, Mickey Dugan —un niño *feo y pobre*—, aparece en el siglo XIX como el origen del comic

moderno, en las páginas de los reconocidos periódicos *New York World* —de Joseph Pulitzer— y *New York Journal* —de William Randolph Hearst—. El niño lleva una enorme bata amarilla en la que aparece siempre un texto que interpela a las y los lectores con relación a la publicidad o a algún hecho de actualidad.

El creador del comic, Richard F. Outcault —reconocido por sus raros personajes—, erige a *The Yellow Kid* entre la inocencia y la comicidad: entre los tugurios neoyorquinos (de los que sale inesperadamente) y la urbe de su época, en la cual explora con desenfado las diferencias de clase. Se asume que gracias a la historieta que circuló primero en el *New York World* y luego en el *New York Journal*, y a la contienda de estos dos periódicos que magnificaron los hechos para ganar el monopolio de las ventas, se le da nombre a la *prensa amarilla*. Maryluz Vallejo en su célebre crónica del periodismo en Colombia, que a manera de hipálage bautiza *A plomo herido* (2006), precisa que el apelativo “amarilla” podría obedecer, al mismo tiempo, al color que tenía el papel en el periódico de Pulitzer (Vallejo 2006, 87).

Lo cierto es que la influencia de ese tipo de prensa norteamericana del siglo XIX se traduciría, con algunas prácticas periodísticas en nuestro territorio, en una conversión —no sin matices— de los propios sucesos cotidianos². En 1916, el *Gil Blas*, un periódico político satírico que “heredaba” el nombre de la novela francesa picaresca de Alain-René Lesage se atrevía a poner en primera plana atroces crímenes con imágenes desgarradoras en blanco y negro, haciendo esto que las décadas del cuarenta y cincuenta hicieran eclosionar, en su máxima expresión, a la prensa sensacionalista³.

Sin duda, una de las publicaciones más importantes de este periodo fue *Sucesos Sensacionales*, que circuló en Medellín entre 1954 y 1976 a cargo de Jairo Zea Rendón, Flavio Correa Restrepo y Abelardo Londoño. A propósito de la manera en la que se entendió el periodismo sensacionalista, vinculado al cubrimiento de noticias en las que la llamada *perversión, desviación u homosexualidad* estuvieran inmersas, los investigadores Walter Bustamante (2004) con su libro *Invisibles en Antioquia 1886-1936, Una arqueología de los discursos sobre la homosexualidad* y Guillermo Antonio Correa (2017) con *Raros: Historia cultural de la homosexualidad en*

Medellín, 1890- 1980 han hecho un análisis intrínseco de las notas que allí aparecían.

Aunque en Colombia pareciera que el periódico *El Espacio* (1965) hubiese fagocitado cualquier práctica anterior de sensacionalismo, crónica roja o amarillismo vinculada a las experiencias de disidencia sexual, lo cierto es que hubo algunos precursores que fueron su condición de posibilidad. Junto con *Sucesos Sensacionales* en Medellín, después del cierre de El Espectador apareció en Bogotá Sucesos, en mayo de 1956 (en el siguiente apartado ampliaré su importancia con relación a la manera como explicó “científicamente” *¿Por qué hay hombres que se visten de mujer, y viceversa?*) y los diarios *El Vespertino* (1964) y *El Bogotano* (1972) que compitieron, fallidamente como lo demuestra su desaparición, a través de llamativos titulares con *El Espacio*.

En este panorama, entonces, la revista *Vea* (1971) aparece investida de una tradición ya consolidada, desde la influencia de *The Yellow Kid* en nuestra prensa nacional, hasta la confirmación de algunas experiencias periodísticas que iban abandonando el radicalismo liberal político y, paulatinamente, se adentraban en el lenguaje del reportaje sensacionalista. La audiencia, capturada por esos reportajes, insistía en tener una actitud negativa frente al amarillismo; sin embargo, la brecha entre su actitud y su comportamiento se veía reflejada en el alto consumo de estos contenidos. Entonces, ¿cuál era la diferencia entre la prensa sensacionalista y la prensa amarilla?, ¿qué hacía que un “suceso” se convirtiera en heredero natural de las páginas de *Vea* o de aquellos medios escritos?

Olga López Betancur, en su trabajo de investigación *Amarilla y roja. Estéticas de la prensa sensacionalista* (2005), asume que la prensa política se había puesto como proyecto la educación de las masas, mientras que la crónica roja permitía la libertad para explorar temas como la sexualidad, el crimen o la muerte, y completa diciendo que “la actividad de la urbe encuentra su efectiva manifestación en estos textos hiperbólicos que cuentan las pequeñas *fatalidades* [cursivas añadidas] de seres anónimos, para ser leídas por otros seres anónimos” (López Betancur 2005, 27). De la misma manera, advierte que los periodistas, que se dedicaban a este tipo de crónica, mantenían un debate público en el que defendían el sensacionalismo por encima del amarillismo, teniendo en cuenta que el primero era un periodismo serio, informado y real, que atendía al dramatismo propio de los hechos, mientras que el amarillismo producía ficciones exageradas sobre asuntos que no tenían asidero en la realidad (López Betancur 2005, 35).

Lo cierto es que los dos conceptos —sensacionalismo y amarillismo— se superponían con prácticas en que las y los periodistas (que en su mayoría eran varones), luchando por la credibilidad, resolvían sus intereses en la esfera de la ficción⁴. La revista *Vea* no fue la excepción: construyó relatos en los borrosos márgenes del acontecimiento y sus versiones

y atendió la necesidad de las y los lectores, al poner el foco en las disidencias sexuales y sus prácticas clandestinas, asunto que vendía muchos ejemplares. Como sabemos, en las décadas de 1970 y 1980, después de una extensa tradición religiosa, jurídica y científica —en la que toda clase de ficciones fueron creadas para condenar la manera inexplicable en la que orientamos nuestros deseos—, todavía la decimonónica palabra “homosexual” seguía conteniendo casi todas las experiencias de disidencia del modelo heterosexual. Para la revista *Vea*, las expresiones *gay*, *travesti*, *transsexual*, *tercer sexo* y *transformista* estaban dentro del *paraguas* de la homosexualidad, y “el homosexual” comúnmente se inscribía en sus dos registros posibles: en lo picaresco o excesivo de su aspecto y en su íntimo vínculo con la clandestinidad y el crimen⁵.

A pesar de que *Vea* no fue la primera en sentirse fascinada por el carácter clandestino y supuestamente *perverso* de la diversidad sexual, me gustaría precisar que las tensiones que allí se dieron contribuyen a pensar otros vínculos entre las experiencias y el lugar desde el cual fueron re-significadas. Si el sensacionalismo no fue siempre amarillista, las ficciones creadas dentro del amarillismo tampoco tuvieron un solo objetivo o dirección. Me gustaría ampliar ese asunto a la luz de otras épocas, periódicos y hechos, que pueden evidenciar la problemática relación entre la prensa y las preguntas por los cuerpos y sus deseos. Lo anterior, con el fin de mostrar cómo desde los primeros intentos de la prensa (tanto en el periodo colonial, como en los siglos XIX y XX) por narrar las formas “excepcionales” de nuestra sexualidad, se ha puesto en escena un afán pedagógico. Me refiero, específicamente, a la manera en la que el hecho noticioso se ha hecho discurso y cómo sus estructuras retóricas se traducen en dimensiones persuasivas (Van Dijk 1996, 50).

Un ejemplo de lo anterior tiene que ver con lo que *El Papel periódico de Santafé de Bogotá*, primer periódico del Nuevo Reino de Granada, recoge para sus lectores, el viernes 21 de septiembre de 1792, en las memorias de la Tertulia Eutropélica.⁶ Dicha asamblea del “buen gusto” (247), como la define el ejemplar, se ve interrumpida por uno de los tertulianos, llamado Lino, que “por desgracia de educación, por moda, o bien fuese por debilidad de Espíritu, no poseía aquel aire varonil digno de un verdadero hombre” (247). A las tertulianas y tertulianos les preocupa la confusión que crea Lino y lo instan con mucha “cortesía y urbanidad” (247) a que se defina para poderle otorgar un asiento en el recinto. Además, le advierten que así las mujeres y hombres no tendrán que dudar del lugar que le corresponde por su aspecto y ademanes.

La asamblea le exige a Lino que explique a los asistentes su aspecto y las razones que lo llevaron a actuar así, consignando su respuesta en el siguiente número del semanario (No. 85). El tertuliano “andrógino” (248) acepta que su conducta es inapropiada no solo para la tertulia, sino en general, y que las razones principales para dicho comportamiento fueron

“la debilidad” y “la ridiculez”. Sin embargo, en su táctica respuesta que parece agrandar al público, porque este se levanta en aplausos cuando el tertuliano termina su “lacónico discurso” (*Papel periódico de Santafé de Bogotá*, 1792, N. 85, p. 255), también parece haber un aire de ironía y reflexión en torno a una audiencia que acepta explicaciones, siempre y cuando estas la engrandezcan y afirmen el orden binario sobre el que está constituida.

Lino dice que las mujeres, “a excepción de las que tienen juicio” (255), se apasionan por la afeminación y que el querer ocupar un lugar de distinción entre ellas lo llevó a perder su aire varonil. Incluso llega a decir en la tertulia:

¿Cómo podré yo negar que un hombre afeminado para nada es útil a la Sociedad? Él es un afrentoso individuo de la Especie humana: un miserable fantasma de *La República*, un fenómeno de irrisión, y por decirlo de una vez, el objeto más despreciable que se puede presentar a los ojos de la Religión, la Filosofía, y la Naturaleza. (*Papel periódico de Santafé de Bogotá* 1792, N. 85, 255)

El semanario da cuenta de un episodio anodino para el periodo colonial que, como sabemos, había vinculado cualquier experiencia de disidencia sexual al *problemático pecado nefando*, al castigar todo comportamiento sexual que no tuviera como fin la reproducción dentro del matrimonio.⁷ La sodomía se constituía en la máxima expresión de este pecado y el afeminamiento se pensaba como un contenido obligatorio de las relaciones homoeróticas que, por tanto, debía ser sancionado con encierro, azotes o incluso con la muerte, como lo había decretado la Corona española en Europa y por extensión en las colonias americanas (Bermejo Camacho 2021, 57-58). Sin embargo, como el caso de Lino se da en los últimos años del periodo colonial, en los que las reformas borbónicas traían consigo cambios que descentraban el discurso religioso, la tertulia y su pretensión ilustrada decidió imponer una violencia más sofisticada sobre Lino. Esta violencia consistió en hacerlo confesar su falta —que no se definía ahora propiamente como un pecado—, aceptando que el orden debía conservarse y que la transgresión del límite era inapropiada. Foucault, en el primer tomo *La voluntad del saber* de su *Historia de la sexualidad* (1976), explica ese asunto desde la práctica confesional que se replegó desde el discurso religioso hasta los discursos legales y científicos: “no solo confesar los actos contrarios a la ley, sino intentar convertir el deseo, todo el deseo, en discurso” (Foucault 2002, 29).

Prensa ilustrada o prensa *ligera*, las dos se han atrevido a contener las inquietudes sobre el cuerpo ofreciendo una radiografía de sus épocas a partir de lo discursivo. El 25 de septiembre de 1957, para ofrecer otro ejemplo, el diario *La República* (que ahora se dedica, únicamente, a la economía),

publicó la invitación del evento en donde contraerían nupcias, al día siguiente, doña Raquel Olarte, viuda de Espronceda, y el doctor español Felipe Barajas. Sin embargo, a los pocos días *La República* emitió otra nota en la que anunciaba que el Servicio de Inteligencia Colombiano había descubierto que María Raquel Olarte, viuda de Espronceda, era en realidad Manuel Roberto Olarte. Me permito, a continuación, citar en extenso la noticia:

Con la captura de Manuel Roberto Olarte o Luis Felipe Barajas Monasterio o María Raquel Olarte v. de Espronceda, el Servicio de Inteligencia Colombiano, descubrió una peligrosa sociedad de *pervertidos* [cursivas añadidas] que se venía moviendo en círculos sociales, del arte y de la educación, aprovechando las posiciones que han venido ocupando sus integrantes, varios de los cuales fueron desmascarados por los agentes del SIC. Para estos fue una verdadera sorpresa, descubrir los diversos trucos a que apelaban los sujetos, para dar rienda suelta a sus instintos *depravados* [cursivas añadidas], inclusive el de utilizar la publicidad para informarse entre sí de sus actividades, y solicitándola en las páginas de los periódicos ante las damas que no tienen por qué conocer términos de un léxico de arrabal, hábilmente presentados, mediante el juego de palabras y el calambour. Estos *antisociales* [cursivas añadidas] desarrollan actividades sociales entre sí y según pudo saberse, suelen realizar “tenidas sabatinas” en sitios donde se congrega su mundo amoroso, formando parejas con los que se visten de mujeres gracias a los servicios de maquillaje de uno de los sujetos con posición en la Televisora Nacional. Las intimidades de tales fiestas, son motivo de la investigación del SIC en los actuales momentos. (*La República*, 1 de octubre de 1959)

La prensa de los años cincuenta vinculaba la experiencia de travestimiento con la *perversión*, la *depravación* y el *peligro social*, relación propia del lenguaje decimonónico que habíamos heredado de autores como Krafft-Ebing, Hirschfeld y Freud, quienes habían hecho el intento de explicar “científicamente” la homoeroticidad y el travestismo (en el siguiente apartado me dedicaré, específicamente, a este aspecto). Lo que quisiera precisar aquí es que, aunque en diferentes épocas el *Papel periódico de Santafé de Bogotá* y *La República* tienen un objetivo pedagógico al representar como amoroso, perverso y depravado una conducta, paradójicamente presentan con la misma lógica la posibilidad de interrogar la norma y de transgredirla.

En una mirada a los años setenta y a la prensa que los narró, la revista *Vea* supo tejer esos dos horizontes de sentido en su sensacionalista manera de enfrentar los hechos, con artículos que a veces eran firmados por sus periodistas y

otras en las que se revelaban los hechos en el anonimato. Me gustaría presentar en este apartado aquellas notas en que las líneas conductoras para hablar de travestismo y transexualismo fueron: el testimonio de la experiencia, el vínculo con la criminalidad, el sida y los crímenes de odio que empezaron a ser más visibles en la revista a partir de la década de 1980. Todo lo anterior está íntimamente vinculado con la idea de perversión sexual y amoralidad que acabo de desarrollar.

El testimonio de la experiencia fue fundamental para las páginas del periódico, sobre todo porque traía consigo la fotografía de sus protagonistas, que permitía demostrarle a las y los lectores que el “suceso” era verídico. Es el caso de notas como “Habla el hombre que se convirtió en mujer”, en la que Ana Zurt, en Cali, ofrece declaraciones a la revista después de haberse sometido a la operación de reasignación sexual. Lo que más le sorprende al periodista es la respuesta que ofrece Zurt cuando se le pregunta “¿Cómo se siente?”, a lo que ella contesta: “Como las demás mujeres, ni más ni menos. Soy una mujer completa” (*Vea* 1971, No. 5). La protagonista del suceso hace énfasis en que le gustaría hacer un viaje para demostrarle al mundo que en Colombia se hacen las mejores cirugías del mundo.

Así mismo, ocurre en el reportaje “Mónica lo cuenta todo para *Vea*”, en el que José Orlando Márquez, el “transformista venezolano” o el “hombre que nació mujer”, como lo llama el periodista, da su testimonio sobre su operación en Barranquilla, “un punto clave para las operaciones de cambio de sexo” (*Vea* 1974, No. 162). Además, Mónica le cuenta a las lectoras y lectores sobre su infancia, la reacción de su familia, sus amores y gustos: “Mi hombre preferido es el rudo, muy rudo, o sea un hombre de verdad. Con barbas, bigotes y ademanes toscos. Si son morenos y musculosos mejor... no le temo a las críticas por mi cambio de sexo, porque nunca me he sentido hombre. Siempre he sido una mujer psicológica y moralmente” (*Vea* 1974, No. 162). Podríamos decir, con Foucault, que aquí la *puesta en discurso* (Foucault 2002, 29) se hace tan patente como antes: se le pide al sujeto discreción y, al mismo tiempo, que dé cuenta de su exceso.

Por otro lado, las teorías de los médicos higienistas colombianos, en los años 20 del siglo pasado, contribuyeron a ver la disidencia sexual como un síntoma de la *degeneración de la raza*.⁸ El psiquiatra Miguel Jiménez López se atrevió a decir, incluso, que la decadencia psíquica era propia de “el sectario, el fanático, el agitador profesional, las formas elegantes de la estafa: como el caballero de industria, el parásito; el político amoral; la prostitución secreta y refinada, la criminalidad precoz, la prostitución infantil, las toxicomanías y las *perversiones sexuales*” (Jiménez López 1920, 32). *El perverso sexual*, término heredado de la psiquiatría y el psicoanálisis, creaba el vínculo entre las expresiones de género y sexo no hegemónicas y la criminalidad. *El perverso* (casi siempre era un hombre) era un *degenerado* porque cometía delitos y todas estas infundadas creencias se sustentaban en el discurso

de la criminología que había impulsado desde Italia Cesare Lombroso.

Así, la revista *Vea* recogió episodios en donde parecía mostrarse que la causa de los crímenes que se cubrían eran la supuesta perversión sexual, es decir, que si el crimen lo cometía una persona travesti o un transexual (o cualquier palabra que le pareciera llamativa al periodista para hablar de esas experiencias) el éxito de la nota estaba asegurado. En 1974, por ejemplo, el No. 148 de la revista cubrió la visita al penal La Ladera, en Medellín. El anuncio era “‘Locas’, locos, sátiros y asesinos en un infierno de 3000 condenados” y las fotografías ponían de relieve hombres feminizados con testimonios como “‘Lo maté a machetazos porque lo encontré con otro’ afirma Jesús Enrique Moreno, un homosexual de 18 años que permanece en un pabellón especial de La Ladera. Confiesa no saber leer ni escribir y que perdió a sus padres cuando estaba muy niño” (*Vea* 1974, No. 148). De la misma manera, se expone el caso de Azucena en 1978, de quien se dice “‘Azucena’ lo mató cuando iba a cenar en un centro de ‘mariposas’” (*Vea* 1978, No. 351). En el titular se pone el énfasis en *Azucena y mariposas*, entre comillas: así, se le demuestra a la audiencia que, en primer lugar, el nombre de la protagonista no es el civil y, en segundo lugar, que los lugares de reunión homosexual son ilegítimos.

En consonancia, los relatos sobre el sida y los crímenes de odio empiezan a hacerse más visibles en los años ochenta. El carácter ominoso, que se le quiere imponer a las relaciones no normativas, parece recrear la historia de pecado que heredamos de la Europa judeo-cristiana —y de la cual no nos hemos podido desembarazar—, en la que la impertinencia de nuestros actos merece un castigo divino. Titulares como “Todos en especial los homosexuales temerosos por el contagio” (*Vea* 1983, No. 615), “Homosexuales, Damiselas y Drogadictos atacados” (*Vea* 1984, No. 658), “Para evitar contagio de SIDA matan travesti” (*Vea* 1988, No. 890), suponían que el virus o el *cáncer gay*, como se llamó en la época, era un asunto exclusivo de la homosexualidad. Así, se lee el desafortunado análisis del periodista, que justifica la muerte de una persona sin identificación, que yacía en las calles de Medellín: “Un travesti de los más hondos y escabrosos mundos que se levantan en cualquiera de las ciudades superpobladas, eso era aquel desafortunado empujado a la muerte por manos anónimas. Su hallazgo no despertó mayor sorpresa entre las autoridades judiciales, pues ese parece ser el final común a los creadores de esa raza estafalaria” (*Vea* 1988, No. 890).

Como vemos, desde diferentes temas (la experiencia quirúrgica, la delincuencia, las enfermedades, los crímenes de odio) que no son exclusivos de las experiencias de disidencia sexual, la revista construye una doble posibilidad en su recurso discursivo. Por un lado, se hace vigilante de las prácticas y las condena con un tipo de lenguaje que controla de manera hegemónica el texto y el contexto evidenciando así la desigualdad social (Van Dijk 2016, 203). Por otro, al

mostrar el testimonio de las personas implicadas en el hecho noticioso, que atraviesan una experiencia de tránsito desde el travestismo, el transformismo o la reasignación sexual, se convierte en la plataforma de aquellos discursos de resistencia que interrogan la manera como históricamente se les ha representado.

¿Periodismo “científico”? ¿Periodismo *light*?

Monique Wittig en su célebre texto *El pensamiento heterosexual* (1978) interpeló nuestra problemática relación con el lenguaje psicoanalítico, en la que siempre se daba por sentado el carácter eminentemente científico de dicha disciplina. “¿Quién ha dado a los psicoanalistas su saber?” (Wittig 2006, 49) nos pregunta Wittig, atreviéndose a contestar que son ellos mismos quienes han ofrecido las palabras y los significados que nos persiguen con tanto ímpetu como *inconsciente*, *perversión*, *orden simbólico*. Nuestra sexualidad, sin más, ha sido presa de la captura que aquel lenguaje ha querido hacer para entronizar la heterosexualidad. Por ello, la autora advierte que:

Estos discursos de heterosexualidad nos oprimen en la medida en que nos niegan toda posibilidad de hablar si no es en sus propios términos y todo aquello que los pone en cuestión es enseguida considerado como “primario”. Nuestro rechazo de la interpretación totalizadora del psicoanálisis los lleva a decir que no tenemos en consideración la dimensión simbólica. Estos discursos nos niegan toda posibilidad de crear nuestras propias categorías. Su acción sobre nosotras es feroz, su tiranía sobre nuestras personas físicas y mentales es incesante. (Wittig 2006, 51)

Y es que las violentas ficciones creadas por el lenguaje científico han gobernado desde el siglo XIX nuestros imaginarios, representaciones y creencias sobre lo que está y no está permitido para un cuerpo. Tomaré el caso de María Raquel Olarte, viuda de Espronceda, que fue expuesto en el apartado anterior; pero, esta vez, recurriré a otro periódico que, a diferencia de *La República*, prefirió cederle el turno al reconocido abogado Antonio Arcila González para que explicara “¿Por qué hay hombres que se visten de Mujer, y viceversa?”. El periódico *Sucesos* publicó el 2 de octubre de 1959 dos fotografías que ilustraban un famoso caso ocurrido en días pasados: en una se apreciaba la imagen que María Raquel había usado para anunciar su boda con el doctor Luis Felipe Barajas y, en la otra, aparecía identificada como “Manuel Roberto” y siendo capturada por la policía. La entrada triunfal del artículo señalaba:

El doctor Antonio Arcila González es un abogado muy estudioso de los problemas sexuales a la luz del

derecho, quien se prepara a publicar en este mes su obra “El delito sexual en la legislación colombiana”, que contempla aspectos muy importantes de psicopatía de este género. El doctor Arcila ha cedido a *SUCESOS* el capítulo que aquí publicamos, y que despeja el problema del “travestismo”, o sea la irrefrenable tendencia de algunos hombres y mujeres a vestir con ropas propias del sexo opuesto. (*Sucesos*, 2 de octubre de 1959)

El doctor Arcila ofrecía una respuesta a la pregunta propuesta que, sorprendentemente, provenía de dos registros muy distintos a los del derecho. Es decir, siendo abogado, no se limitaba a explicar lo que para él era un problema en términos legales. Por el contrario, utilizaba dos argumentos de autoridad: los desarrollos de la llamada ciencia y los argumentos del discurso religioso. Con un pie en las creencias religiosas, que se nos habían impuesto en el periodo colonial a través del genocidio americano, y con otro en el lenguaje fabuloso de la medicina alemana del siglo XIX (la psiquiatría, la psicología, la sexología y la endocrinología), Arcila calificaba al travestismo como un “capricho”.

Como se sabe, los principales argumentos “científicos” provienen de Richard von Krafft-Ebing y de Magnus Hirschfeld, quienes estudian, reflexionan e imaginan el travestismo y el deseo de cambiar de sexo en pleno siglo XIX. El primero vio, en 1886, el travestismo y lo que hoy llamamos transexualismo como figuras vicarias de la homosexualidad y, recogiendo el concepto que había inventado Westphal de “sentimiento sexual contrario”, se dedicó a pensar la manera en la que dicha pulsión se definía en *la perversidad*—deseo— y *la perversión*—el acto— (Krafft-Ebing 1886/1894, 188). Mientras tanto, Hirschfeld habla de una “deformación psicosexual” y de un “tercer sexo” en los que el travestimiento no tiene, necesariamente, una tendencia a la homosexualidad y viceversa (Hirschfeld 1867/2007, 134). Es importante precisar que estos dos autores, aunque contribuyeron protagónicamente a la patologización de las disidencias sexuales, también fueron precursores en querer escuchar los testimonios y relatos de aquellas personas a las que la religión, la ley y la ciencia dejaban al margen. Entre otros, a estos autores recurre Arcila, de manera superficial, en su explicación.

Tan contradictoria es la respuesta “científica” del doctor Arcila que termina cerrando su capítulo con un texto bíblico, con el ánimo de probar que el travestismo “es tan antiguo como la humanidad”. Arcila concluía, entonces: “citamos el siguiente pasaje del Deuteronomio en el capítulo XXII, donde se lanza anatema contra los travestidos: ‘No vestirá la mujer hábito de hombre, porque abominación es para Jehová Tu Dios’” (*Sucesos*, 2 de octubre de 1959). Lo anterior nos lleva a constatar la necesidad de redefinir y cuestionar, tal como nos lo pidió Wittig, el lugar de enunciación del discurso científico. Y, de la misma manera, a preguntarnos quién

puede divulgar los presupuestos científicos que emergen en encrucijadas problemáticas.

El periodismo científico ha tenido su auge en los siglos XX y XXI, porque las explicaciones sobre temáticas como los avances genéticos, la salud (con todas las disciplinas que diagnostican nuestras enfermedades), las nuevas tecnologías (muchas intervienen el cuerpo), las problemáticas ambientales o la exploración espacial, por poner algunos ejemplos, se han hecho urgentes. Sin duda, dicho periodismo es un reto para las comunidades académicas que deben reformular sus programas y planes de estudio con miras a formar comunicadores críticos, que entren en debates científicos desde un lugar ético (Calvo Hernando 2002, 17). En el caso de Colombia, no deja de haber obstáculos al momento de querer producir contenidos de calidad, subvencionados por entidades que garanticen la investigación.⁹

La prensa colombiana, entonces, ha hecho intentos de todo tipo —rigurosos, entrópicos e irresponsables— por producir contenidos que acerquen de manera “familiar” el lenguaje científico a sus audiencias. La prensa amarilla o sensacionalista, como cada cual la prefiera, no ha podido escapar a ese ensayo, en el que el intento sigue dejando las mismas preguntas sobre la mesa: ¿es una de las funciones científicas divulgar el conocimiento como una muestra de servicio? Es decir, ¿debe la ciencia convertirse en periodista y cronista de sus hallazgos?, o ¿debemos acallar o hacer hablar al periodismo sobre asuntos que no están en su registro, pero sobre los que podría profesionalizar su práctica?

Vea no escapó a esa pretensión de científicidad. El lugar que le asignó a las reflexiones por la reasignación sexual y al carácter psicopatológico de la disidencia sexual contribuyó a escribir llamativos titulares en donde “el tercer sexo” de la medicina alemana decimonónica estaba a la orden del día. En 1975, la revista alertó a sus lectoras y lectores asegurando que “Lo del cambio de sexo pude acarrear problemas”, y ofrece el caso de Xiomara Rosa, en Barranquilla, una travesti a la que después de la operación no le fue nada bien porque sufría de unos cólicos renales extremadamente dolorosos. Cuando el periodista entrevista al doctor Fernando Navas del Hospital de Barranquilla, este se dedica a exponer su opinión en lugar de explicar cualquier asunto: “Yo como médico me opongo a este tipo de intervenciones quirúrgicas, que convierten a un hombre en un ser ambiguo, sin definición sexual. Ese es el problema de Xiomara, pues físicamente aparece como mujer y tiene inclinaciones femeninas, pero padece de falta identificación sexual” (*Vea* 1975, No.188).

Pero no siempre era así. En algunos reportajes, el periodista serio explicaba asuntos con los que fantaseaba la gente por rechazo, curiosidad o empatía como:

La operación es precedida por un periodo de tratamiento hormonal en el que el hombre que va a ser

convertido en mujer recibe unas dosis de estrógeno u hormonas femeninas. La mujer que desea convertirse en hombre recibe un tratamiento previo con andrógeno u hormonas masculinas. Y las personas que se someten a este tipo de operación, muestran —por lo regular— una vida sexual satisfactoria (...) la actual doctora Renee Richards declaró recientemente: “Un transexual no es un monstruo con dos cabezas o con un cerebro dividido en dos mitades, sino un ser normal. En cierto sentido, a mí se me escucha porque soy un médico respetable y no un hippie. Yo quiero demostrar que un transexual es una persona que puede y debe andar con su cabeza levantada y sin complejos de ninguna clase”. (*Vea* 1977, No. 273)

Los titulares reverberaban sobre el asunto de la intervención quirúrgica: “Cuando a Jairo le hicieron la ginecografía lo descubrieron más mujer que hombre” (*Vea*, 1978, No. 336), o “¿Por qué algunos se cambian de sexo?, en donde el periodista Roberto Cazorla dice que la operación es “el gran fenómeno del siglo XX” y, con citas de John Money y otros célebres médicos, insta a sus lectores (porque se dirige a un público masculino) a que tengan empatía por esta experiencia porque “Creemos que antes de llegar a condenar esta actitud, deberíamos pensar que, algunos, tenemos hijos, sobrinos, criaturas que adoramos y que, mañana podrían verse amenazados por esta forma de pensar y de convertir su vida” (*Vea* 1982, No. 556). La torpeza de los periodistas era tal para abordar estos temas, que construyen con sus miedos y creencias la supuesta objetividad que le quieren ofrecer al hecho noticioso; y, queriendo generar empatía, siguen bajo el paradigma del travestismo y el transexualismo como una amenaza.

Los juristas de la época, a los que se les decía “doctores”, entrevistados por la revista *Vea* recaían en las mismas explicaciones contradictorias, en las que, queriendo contribuir a la ampliación de derechos, re-instalaban en el margen las experiencias. El doctor Eduardo Gonzáles Durán así lo demuestra cuando se le pregunta en qué asunto amparó la demanda que le permitió a un hombre convertirse en mujer, a lo que él contesta: “En muchas ocasiones la apariencia externa de una persona no corresponde a su mentalidad y psicología y que aunque es un error de natura, este fue corregido por la cirugía y se ha convertido en mujer” (*Vea* 1983, No. 589).

El lenguaje estaba anclado en el XIX con expresiones como: “El éxito *del tercer sexo*” (*Vea* 1984, No. 618), “Por circunstancias genéticas existen quienes habiendo nacido hombres, en realidad son mujeres, o quienes siendo mujeres llevan un hombre en su interior” (*Vea* 1998, 1402), “El problema que se genera tras la operación es el *trauma sicológico* que conlleva toda ablación” (*Vea* 1986, No. 788) [cursivas incluidas]. Así, se continuaba una discusión que había empezado la medicina alemana (Con Westphal, Krafft-Ebing, Hirschfeld) sobre el carácter innato o adquirido del deseo

sexual no normativo. Pero, tal vez, la revelación “científica” más reproducida por el XIX y el XX sería la definición de la *perversión sexual* hecha por Freud:

[E]l carácter común a todas las perversiones es que han abandonado la meta de la reproducción. Justamente, llamamos perversa a una práctica sexual cuando ha renunciado a dicha meta y persigue la ganancia de placer como meta autónoma. Bien comprenden ustedes, por tanto, que la ruptura y el punto de viraje en el desarrollo de la vida sexual se hallan en su subordinación a los propósitos de la reproducción. (Freud 1917/1991, 288-289)

Dicha definición contenía y reafirmaba el vínculo del discurso “científico” con el entramado religioso. Y, aunque Freud se había burlado de aquellos médicos alemanes que lo habían precedido, porque inscribían a sus pacientes en un “tercer sexo” comparable al masculino y al femenino, indiscutiblemente se quedaba con la idea de que la *perversión sexual* era adquirida para justificar que su cura se encontraba en la terapia. Asunto que, como he mostrado, la revista *Vea* reprodujo de muchas maneras.

Con todo lo anterior, la prensa sensacionalista no solo se dedicó a explorar el lado que le parecía oscuro en las experiencias de vida travestis, transexuales, transgénero y transformistas. Tampoco se dedicó, de manera exclusiva, a pensar dichas experiencias desde lo que la “ciencia” podría adelantar sobre ellas. El periodista Óscar Vásquez, quien firmaba la mayoría de las notas, cubrió para la revista *Vea* las fiestas clandestinas y los reinados travestis que se dieron en Bogotá y Barranquilla en las décadas de los setenta y los ochenta.

Haciendo una prolepsis narrativa, Alanis Bello, en su informe para el Centro de Memoria Histórica *Un carnaval de resistencia: memorias del reinado trans del río Tuluñí* (2018) reflexiona así en torno a los reinados:

Para muchas personas los reinados son eventos banales que reproducen estereotipos sobre las mujeres, la objetualización de los cuerpos y la degradación de lo femenino. En muchos casos lo son. Sin embargo, a la luz del contexto, la realidad puede ser otra. Al contrario de estos imaginarios, ellas y ellos han resignificado el reinado como un lugar de potencia política, un espacio de encuentro en la diferencia, y un escenario para reclamar honor y dignidad para un grupo de personas estigmatizadas por una sociedad heterocentrada y cisgenerista. (Bello 2018, 13-14)

Y es que aquellos espacios ritualizados en torno a un ideal de belleza —en su mayoría sobre “lo femenino”— se convierten en un lugar de disputa por el sentido con las experiencias trans. La revista *Vea* nos permitió asistir a dichos

eventos entre la ironía de muchos enunciados y la complicidad que producían algunas historias veladas. Como es obvio, al explorar el carácter llamativo y exótico de las fiestas y reinados, la revista se centró en las experiencias transfemeninas. Los nombres de algunas de esas mujeres empezaron a ser obligatorios y reconocidos por lectoras y lectores que se familiarizaron rápidamente con aquellos encuentros cubiertos por *Vea*: Itala María Lebranch, la italiana, Kaperuzza, Georgette, Elsy del Campo, Thalía, Sandra de América, Marieta Peñaloza, Milagros Viloría, Lupe de la Vega, Carlota Samper, Sussell Orsini y Diana Macaroz.¹⁰

Si las y los lectores de *Vea* se habían acostumbrado a ver a las travestis asesinadas, vinculadas al sida y al crimen, ahora se enteraban de sus pactos secretos, de sus reuniones clandestinas en las que la diversión y el *glamour* estaban a la altura de cualquier certamen. En “Elección de una señorita Colombia muy especial” se narra todo el concurso con lujo de detalles: las concursantes, sus vestuarios, sus pequeñas riñas y los jurados eran los detalles importantes del artículo (si se seguían produciendo ese tipo de reportajes era porque de la misma manera se seguían consumiendo y vendiendo revistas). El periodista nos informaba, incluso, el nombre del organizador que “se especializa en certámenes para elección de reinas que solo él sabe organizar.” (*Vea* 1975, No. 191). Su nombre era Jaime Pinilla, conocido por sus amigas como Sandra de América, un bello bumangués que fue fundamental en las reuniones de los setenta y ochenta, además dueño de los dos lugares de moda frecuentados por travestis y transformistas: El Scaramouche (que quedaba en la calle 60, entre la avenida Caracas y la carrera 13) y El socavón de la 100 (Calle 100 con 17, que después fue Disco Fuego).

El periodista (Óscar Vásquez) hacía todo tipo de chistes y burlas que a las y los lectores contemporáneos podrían parecerle de mal gusto e, incluso, transfóbicos. Sin embargo, Vásquez era conocido por su activismo en el mundo *gay* y todas las mujeres que aparecían en sus reportajes eran sus amigas, a las que protegía cambiando sus nombres y los lugares de encuentro. Su escritura era muy superior a la de aquellos periodistas que, únicamente, veían en el travestismo, el transformismo o el transexualismo una oportunidad para llenar sus crónicas rojas. En la complicidad de la burla, cuando en los reinados sus amigas perdían la peluca o se veían demasiado gordas para los trajes que portaban, él describía la situación entre risas; eso sí, sin dejar pasar la oportunidad para producir otro tipo de discurso pedagógico para sus lectores: uno en el que el objetivo ya no era moralizante ni condenatorio. En sus artículos se podía leer “‘Somos los socialistas del sexo’, dicen los homosexuales de Bogotá” (*Vea* 1975, no. 206), dejando al descubierto sus comprensiones teóricas o su necesidad de incluir en otros escenarios las experiencias y demostrando que el deseo de habitar el cuerpo en todas sus posibilidades no era un asunto marginal ni tampoco reciente, como lo muestra el siguiente apartado:

Desde el Emperador Heliogábalo que hacía matar al que no le dijera Emperatriz, cuando vestía galas femeninas, hasta el archifamoso caballero D'Éon, espía de Luis XV, quien vivió recorriendo Europa en traje femenino, durante 34 años de los 83 que vivió, sobre su verdadero sexo se cruzaron famosísimas apuestas pero el examen post mortem demostró la realidad: ¡era todo un hombre! La edad de oro del travestismo fue, sin duda, durante el reinado de Enrique III de Francia, época en que el Rey se volvía Reina para deleite de las publicaciones satíricas de su tiempo. En Colombia, y en forma abierta, los transformistas han dado de qué hablar. *Vea* las fotos, conozca a Georgette el más famoso de todos ellos y exclame: “Las cosas que tiene la vida”. (*Vea* 1977, No. 272)

Así, Óscar Vásquez disfrazó sus artículos con llamativos titulares para poner en escena lo que realmente quería: prácticas que existían más allá del pecado, el crimen y la enfermedad. Así como cubrió reinados travestis en Bogotá y Barranquilla [“La batalla por la corona de las mariposas” (*Vea* 1976, No. 229), “Una corona de belleza y un balazo en el estómago” (*Vea* 1976, No. 241), “¿Miss Mundo? Sí, Miss Mundo” (*Vea* 1977, No. 273), “El travesti más lindo del mundo” (*Vea* 1978, No. 330), “Concurso nacional de travestis en Barranquilla” (*Vea* 1977, No. 316), “Este fue un reinado de locura” (*Vea* 1977, No. 316), “Nunca se supo quién era quién” (*Vea* 1979, No. 413), “La favorita perdió porque se volvió hombre” (*Vea* 1980, No. 471)], también quiso dar a conocer otros espacios en los que las travestis tenían un campo de acción, diferente al que la sociedad les imponía. En 1981, entrevistó a Diana Mascaroz y dijo que era “el único travesti en el mundo de la pintura” (*Vea* 1981, No. 490). Del mismo modo, le rindió múltiples homenajes al ballet travesti de Óscar Ochoa, que alegraba las noches de Bogotá en los años ochenta, diciendo: “¡Y todas son hombres! Pero su director no cree que esto sea un problema para el éxito de su revista,

dada la novedad y el atrevimiento de su espectáculo” (*Vea* 1980, No. 468).

Así, el escenario —la revista *Vea*— fue problemático y heterogéneo porque en él se construían discursos que reproducían y legitimaban el orden binario, condenando a la marginalidad (el pecado, el crimen, la enfermedad) a cualquier experiencia alternativa. Sin embargo, los cuerpos que se pusieron en escena, en medio de aquellas narrativas convulsas de periodistas como Óscar Vásquez, se convirtieron en condición de posibilidad de que se erigiera un campo de batalla visual y escrito en el que la prensa *light* y sensacionalista revelaba los rostros y voces de la resistencia. Todo discurso trae consigo la crítica implícita de la ideología que lo sostiene (Belsey 1985, 663) y todo cuerpo enactúa y performa, a su parecer, el lenguaje con el que se le captura o se le nombra.

Conclusión

La mirada de la prensa sensacionalista, en las décadas de 1970 y 1980, se dio entre la crónica roja y el amarillismo. Como sinécdoque de dicha prensa, los reportajes de *Vea* mostraron con fascinación cuerpos travestis mutilados y encerrados, y ofrecieron explicaciones con lenguajes científicos, en los que se terminaba re-asignando a su condición de marginal a esos mismos cuerpos. Sin embargo, dicha prensa que estratégicamente disponía el espacio en el que se llamaba *pecado*, *crimen* o *enfermedad* a la disidencia sexual, no previó las posibilidad táctica en la que los discursos opresores producen la crítica de su propia ideología. El periodismo “científico” terminó explicando con argumentos casi míticos las experiencias sexuales no normativas. Y, así, el periodismo *light* acabó por reflexionar, sin muchas pretensiones y con mayor rigor, a propósito de las inquietudes por nuestros cuerpos y sus múltiples deseos: la *fatalidad* no era lo único que se compartía.

Referencias

Prensa

“Descubierta peligrosa sociedad de amoraes”, *La República*, 1 de octubre de 1959.

“La tertulia eutropélica”, *Papel periódico de Santafé de Bogotá*, N. 84, 1792.

“La respuesta de Lino”, *Papel periódico de Santafé de Bogotá*, N. 85, 1792.

“La machaca me la inventé yo”, *El tiempo*, 28 de julio de 2002, archivo digital <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1364314>

“Mañana se casarán Raquel Olarte y el doctor Luis Felipe Barajas”, *La República*, 25 de septiembre de 1959.

- “¿Por qué hay hombres que se visten de Mujer, y viceversa?”, *Sucesos*, 2 de octubre de 1959.
- “ ‘Azucena’ lo mató cuando iba a cenar en un centro de ‘mariposas’”, *Vea*, No. 351, 11 de julio de 1978.
- “Concurso nacional de travestis en Barranquilla”, *Vea*, No. 316, 8 de noviembre de 1977.
- “Cuando a Jairo le hicieron la ginecografía lo descubrieron más mujer que hombre”, *Vea*, No. 336, 28 de marzo de 1978.
- “Diana Mascaroz, el único travesti en el mundo de la pintura”, *Vea*, No. 490, 10 de marzo de 1981.
- “El cambio de sexo, un negocio en expansión”, *Vea*, No. 788, 2 de noviembre de 1986.
- “El travesti más lindo del mundo”, *Vea*, No. 330, 14 de febrero de 1978.
- “Elección de una señorita Colombia muy especial”, *Vea*, No. 191, 17 de junio de 1975.
- “Este fue un reinado de locura”, *Vea*, No. 316, 8 de noviembre de 1977.
- “Este hombre será mujer de ahora en adelante”, *Vea*, No. 589, 7 de febrero de 1983.
- “Habla el hombre que se convirtió en mujer”, *Vea*, No. 5, 17 de noviembre de 1971.
- “Homosexuales, Damiselas y Drogadictos atacados” en *Vea*, No. 658, 28 de mayo de 1984.
- “La batalla por la corona de las mariposas”, *Vea*, No. 229, 9 de marzo de 1976.
- “La favorita perdió porque se volvió hombre”, *Vea*, No. 471, 28 de octubre de 1980.
- “Lo del cambio de sexo puede acarrear problemas”, *Vea*, No. 188, 27 de mayo de 1975.
- “Los transexuales”, *Vea*, No. 273, 11 de enero 1977.
- “¿Miss Mundo? Sí, Miss Mundo” , *Vea*, No. 273, 11 de enero de 1977.
- “Mónica cuenta todo para *Vea*”, *Vea*, No. 162, 27 de noviembre de 1974.
- “Mujeres atrapadas en cuerpos de... hombres”, *Vea*, No. 1402, 7 de septiembre de 1998.
- “Nadie piensa que esas ‘mujeres divinas’ pueden ser hombres”, *Vea*, No. 468, 7 de octubre de 1980.
- “Noches de locura en la arenosa”, *Vea*, No. 265, 16 de noviembre de 1976.
- “Nunca se supo quién era quién”, *Vea*, No.413, 18 de septiembre de 1979.
- “Para evitar contagio de SIDA matan travesti”, *Vea*, No. 890, 8 de noviembre de 1988.
- “Por qué algunos cambian de sexo”, *Vea*, No. 543, 15 de marzo de 1982.
- “Soy un hombre completo pero me gusta vestirme de mujer”, *Vea*, No.272, 4 de enero de 1977.
- “Todos en especial los homosexuales temerosos por el contagio”, *Vea*, No. 615, 15 de agosto de 1983.
- “Una corona de belleza y un balazo en el estómago”, *Vea*, No. 241, 1 de junio de 1976.
- “Una fiesta bruja de otro mundo”, *Vea*, No. 206, 23 de septiembre de 1975.

“*Vea* visita el penal de La Ladera”, *Vea*, No. 148, 21 de agosto de 1974.

“Vicky, la travesti que será mujer desde diciembre”, *Vea*, No.556, 14 de junio de 1982.

Bibliografía

- Althusser, Louis. 2005. “Ideología y aparatos ideológicos de Estado” en *Ideología. Un mapa de la cuestión*, compilado por Slavoj Žižek. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2005.
- Arboleda, Tania y Sandra Daza. 2007. “Comunicación pública de la ciencia y la tecnología en Colombia: ¿políticas para la democratización del conocimiento?”. *Signo y Pensamiento*, No. 50, volumen XXVI, enero- junio. 100-125.
- Bello, Alanis. 2018. *Un carnaval de resistencia: memorias del reinado trans del río Tuluní*. Informe del Centro de Memoria Histórica,
- Belsey, Catherine. 1985. “Constructing the Subject, Deconstructing the Text”. *Feminist Criticism and Social Change*. London: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203094068>
- Bermejo Camacho, Catherine. 2019. *Tránsitos nostálgicos: habitando la posibilidad de lo trans y su vinculación errática con lo monstruoso*, repositorio institucional: <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/44285>.
- _____. 2021 (en prensa). “Cuerpos nefandos: monstruosidad y travestismo en la colonia”. En *Lecturas interdisciplinarias de los cuerpos: discursos, emociones y afectos*, editado por Helena López, David Gutiérrez y Jorge Palomino. México: UNAM.
- Calvo Hernando, Manuel. 2002. “El pensamiento científico, reto de las sociedades del siglo XXI”. *Comunicar. Revista científica de comunicación y educación*, 19, ISSN 1134-3478. 15-18.
- Foucault, Michel. 2003. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, Sigmund. 1991. *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Hirschfeld, Magnus. 2007. “La fundación del Comité Científico- humanitario y sus primeros miembros”. En Zubiaur, Ibon, *Pioneros de lo homosexual: K.H. Ulrich, K.M Kerbeny, M. Hirschfeld*, Barcelona: Anthropos.
- Jiménez López, Miguel. 1920. *Nuestras Razas decaen. Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares*. III Congreso Médico Colombiano, Bogotá: Imprenta y Litografía de Juan Casis.
- Krafft-Ebing, Richard von. 1894. *Psychopathia sexualis* (Ch. G. Chaddock, trad.). Filadelfia: The F. A. Davis Company Publishers.
- López Betancur, Olga. 2005. *Amarilla y Roja. Estéticas de la prensa sensacionalista*. Medellín: Universidad Eafit.
- Pedraza, Zandra. 1997. “El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia”. *Revista de Antropología y Arqueología*, 9, pp. 115-159. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- _____. 1999. *En cuerpo y alma: Visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Corcas Editores.

- Radi, Blas. 2019. "Políticas de conocimiento: hacia una epistemología trans*". En *Los mil pequeños sexos. Intervenciones críticas sobre políticas de género y sexualidades*, compilado por Mariano Seone López. Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Vallejo, Maryluz. 2006. *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia*, Bogotá: Planeta.
- Van Dijk, Teun A. 1996. *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*. Barcelona: Paidós.
- _____. 2016. "Análisis crítico del discurso". *Revista Austral de Ciencias Sociales*, trad. de Catalina Büchner Ruiz, 30: 203-222.
- Wittig, Monique. 2006. "El pensamiento heterosexual". En *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales editorial.
-

Notas

1. Con "La versión" me refiero a que hoy circula una revista *Vea* que está dedicada, exclusivamente, al espectáculo y a la farándula nacional. Me gustaría precisar, de igual manera, que el corpus estudiado se obtuvo en el marco de la investigación que se menciona en la nota 10. Dicha investigación, por tener un carácter más extenso, abordó un corpus más amplio que no solo se dedicaba a la prensa, sino que recurría a Bulas Papales, Crónicas de Indias, archivos criminales de la Colonia, códigos civiles, manuales (de la OMS y de la APA), documentos institucionales, tutelas y testimonios. Para efectos del presente escrito, sobre los ejemplares de la revista VEA, se revisaron 1536 números, en los cuales se encontraron 129 artículos/reportajes en los que el tema que nos convoca, desde diferentes focos, era el protagonista.
2. De la misma manera, la prensa francesa serviría de influjo, con sus llamados *faits-divers/hechos o realidades diversas*, para llamar a dichas prácticas periodísticas y al género en particular de "Sucesos".
3. Ver: Santos Molano, Enrique. "Treinta y seis mil quinientos días de prensa escrita" en *Revista Credencial Historia 178*, octubre 2004. <https://www.revistacredencial.com/historia/temas/treinta-y-seis-mil-quinientos-dias-de-prensa-escrita>.
4. Ese es el caso del reconocido periodista de sucesos Henry Holguín, que trabajó en *Vea* y en *Cromos* y fue fundador de la *escuela sensacionalista NO amarillista*. Este reportero, que a pesar de haber defendido su oficio con un manifiesto para la Sociedad Interamericana de Prensa -en el que proponía un tercer camino entre la prensa seria y la prensa amarillista-, logró gran celebridad en los años setenta con historias que no necesariamente podían catalogarse como "verídicas". Dijo que había encontrado al nazi Martin Bormann en las selvas del Putumayo -era, en realidad, un anciano alemán cuyas huellas dactilares no coincidían con las del prófugo-, e inventó la existencia de un insecto al que bautizó "la machaca", cuya particularidad era que mataba a quien picaba, si la persona no hacía el amor en un periodo de 24 horas -asunto que envolvió masivamente el imaginario colombiano, hasta que un científico demostró que el bicho no picaba- (*El tiempo*, 29 de julio 2020).
5. Me permito usar paraguas en el sentido del texto de Blas Radi "Políticas de conocimiento: hacia una epistemología trans*" en López Seone, Mariano (compilador) *Los mil pequeños sexos. Intervenciones críticas sobre políticas de género y sexualidades*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2019; en donde el autor expone para el concepto trans*: "Trans, trans*, trans-, transgénero, transexual y travesti no son términos equivalentes ni intercambiables. Se ha intentado reunirlos mediante el uso de un término paraguas, pero parecen ser tantos los paraguas como las nociones contenidas por ellos" (Radi 2019, 28).
6. La tertulia había sido fundada por el periodista cubano Manuel del Socorro Rodríguez, que había venido a Santafé para encargarse de la Real Biblioteca y para fundar el periódico, por orden del Virrey José de Ezpeleta. Tomando como ejemplo las tertulias parisinas, esta tenía por objeto hacer honor al significado de la palabra eutrapelia -virtud en la que se moderan los excesos propios de la diversión-, y contaba con asistentes de la élite neogranadina que podían ayudar a este respecto como Antonio Nariño, Manuela Sanz de Santamaría y el propio Manuel del Socorro Rodríguez. La asamblea transcurría como "una junta de varios sujetos instruidos, de ambos sexos, bajo el amistoso pacto de concurrir todas las noches a pasar tres horas de honesto entretenimiento discutiendo sobre todo género de materias útiles y agradables" (*Papel periódico de Santafé de Bogotá*, 1792, N. 84, 247).

7. Para ampliar la explicación sobre el pecado nefando en el periodo colonial ver Bermejo Camacho, Catherine “Cuerpos nefandos: monstruosidad y travestismo en la colonia” en López, Helena. Gutiérrez, David y Palomino, Jorge (coordinadores) *Lecturas interdisciplinarias de los cuerpos: discursos, emociones y afectos*, México: Unam Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
8. Ver Pedraza, Zandra, “El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia” en *Revista de Antropología y Arqueología*, 9, 115-159. Bogotá: Ediciones Uniandes, 1997, en el cual la antropóloga explica cómo la definición de “la raza” por estos médicos excedía cualquier asunto fenotípico.
9. Así lo muestra la creación de la Agencia de Noticias de Ciencia y Tecnología en 2003, que tenía como objetivo producir boletines semanales para los medios de comunicación nacionales y formaba periodistas en distintos campos científicos con programas de pasantía (Arboleda. Tania y Daza, Sandra 2007, 115), pero que en 2008, fue cerrada por falta de apoyos económicos.
10. En la investigación doctoral que hice, financiada por la Pontificia Universidad Javeriana, *Tránsitos nostálgicos: habitando las posibilidades de lo trans y su vinculación errática con lo monstruoso* (2019), a la que le debo la posibilidad de haber escrito este documento, amplió una lista de nombres de mujeres que fueron célebres por esa época en dichos reinados, incluso, hablo de aquellas que no aparecían en la revista. En dicha investigación, tuve la oportunidad de entrevistar a Itala María Lebranch, a Kaperuzza, a Georgette y a Sussell Orsini, quienes me ayudaron a reconstruir algunos aspectos de la época. En noviembre de 2021, la Editorial Javeriana publicará el libro resultado de la investigación. A la espera del tiraje, se puede consultar Bermejo Camacho, Catherine, *Tránsitos nostálgicos: habitando la posibilidad de lo trans y su vinculación errática con lo monstruoso*, 2019, repositorio institucional: <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/44285>.